

Sobre la paz en la historia

MAURICIO TENORIO

The University of Chicago (Estados Unidos)

tenorim@uchicago.edu

RESUMEN

El presente ensayo propone un recorrido por el surgimiento y desarrollo del complejo concepto de paz en la política occidental. En sus inicios la paz nació como idea inseparable de la guerra y la violencia. Solo recientemente la guerra ha comenzado a considerarse una «anomalía». La tradición Ilustrada fue la primera en avanzar en esa dirección al declarar la paz como un derecho natural. Sin embargo, el darwinismo, con su racismo antropológico, y la expansión europea devolvieron a la guerra su antiguo protagonismo. Habrá que esperar al siglo xx para que el pacifismo se torne en una nueva moral y el liberalismo universalice el mercado para que la idea de paz retorne triunfante ahora bajo la cobertura del derecho internacional y los Derechos Humanos. Este estudio recorre los orígenes y principales aportaciones ideológicas y políticas de este desarrollo.

Palabras clave: Paz, Guerra, Derecho Internacional, Pacifismo, Imperialismo.

Fecha de recepción: 04/07/2022

Fecha de aceptación: 02/10/2022

RESUM

Sobre la pau a la història

Aquest assaig proposa un recorregut pel sorgiment i desenvolupament del complex concepte de pau en la política occidental. Als seus inicis la pau va néixer com a concepte inseparable del de guerra i violència. Només recentment la guerra ha començat a considerar-se una “anomalia”. La tradició Il·lustrada va ser la primera a avançar en aquesta direcció en declarar la pau com un dret natural. Tot i això, el darwinisme, amb el seu racisme antropològic, i l’expansió europea van tornar a la guerra el seu antic protagonisme. Caldrà esperar el segle xx perquè el pacifisme es torni en una nova moral i el liberalisme universalitzi el mercat perquè la idea de pau retorni triomfant ara sota la cobertura del dret internacional i els drets humans. Aquest estudi recorre els orígens i les principals aportacions ideològiques i polítiques d’aquest desenvolupament.

Paraules clau: Pau, Guerra, Dret Internacional, Imperialisme

ABSTRACT

On peace in history

This essay proposes a journey through the emergence and development of the complex concept of peace in Western politics. In its beginnings, peace was born as an inseparable concept from that of war and violence. Only recently has war begun to be considered an “anomaly.” The Enlightened tradition was the first to advance in this direction by declaring peace as a natural right. However, Darwinism, with its anthropological racism, and European expansion returned war to its former prominence. We will have to wait for the 20th century for pacifism to become a new morality and liberalism to universalize the market so that the idea of peace returns triumphant now under the cover of international law and Human Rights. This study covers the origins and main ideological and political contributions of this development.

Key words: Peace, War, International Law, Pacifism, Imperialism

§

Al ser lo otro de la guerra, la violencia, la inestabilidad y el desorden, el concepto de Paz parece de claridad envidiable, si comparado con otros conceptos del mismo jaez (soberanía, Estado, felicidad o amor). Es un término tan viejo y tan sin misterio que asombran las mutaciones —importantes— de significado a través de la historia. La claridad, no obstante, es engañosa: «Paz», como Dios, apela a algo clarísimo pero inexistente; su nitidez semántica deriva de evocar un sentimiento no de describir una realidad; es decir, es al mismo tiempo un nombre sin cosa que nombrar, y un afán humano por lograr algo tangible que quepa en su nombre: «Paz».

La voz latina *pax* pasó a varias vernáculos del latín —paz (portugués y español), *paix* (francés) o *pace* (italiano). El inglés *peace* viene también del término latino, pero no los conceptos de *Frieden* en alemán o *Mir* en ruso (Paz por *Mir* es trasunto de intrincada traducción porque *Mir*, dicen los filólogos, también nombra «campesino», «comunidad») o la noble palabra sánscrita *shanti* (paz, tranquilidad, calma, resignación, estrategias para evitar la guerra). T.S. Eliot (1888-1965) la hizo famosa en las últimas líneas de *The Wasteland* (“Shantih, shanti, shanti”). (El poeta

mexicano José Gorostiza -1901-1973- remata en la década de 1920 su largo poema *Muerte sin fin* (1939), una suerte de *The Wasteland* a la mexicana, sin *shanti* pero con igual y rotunda paz: ¡*Anda, putilla del rubor helado, /anda, vámonos al diablo!*). No obstante, en muchas lenguas *pax*, así, en latín, es de uso más o menos común como referencia explícita a orden imperial (*pax* romana, *pax* hispánica, *pax* británica, *pax* americana, *pax* canoviana). Este uso de ya desnuda qué tanto Paz no es una realidad sino una escala moral y política: hoy el término *pax* (romana o americana o soviética) insinúa que no hubo paz, que en realidad fue una «paz», *entre comillas*, es decir, fingida, mera violencia, guerra y poder impuestos pero con fachada de tranquilidad. Es, pues, intrincado el significado de Paz. parece nombrar algo obvio, pero a ciencia cierta no está claro qué designa.

De común, Paz refiere no a una presencia, sino a una ausencia, a saber, la de la violencia y la guerra. Ausencia que es la de algo siempre presente. El *Oxford English Dictionary* (OED) define *peace* como *liberación de (freedom from) revuelta civil o desorden; orden público y seguridad*. Es decir, de ya la definición incluye, con lo de orden y seguridad, eso que declara ausente: la guerra o algún género de violencia. En inglés, que no necesariamente en las lenguas romances, Paz, precedido del artículo *the*, dice el OED, denomina en exclusivo la dimensión estatal y política de la Paz, el orden público producido por la ley y el Estado. En español, desde el siglo XVI, se registra Paz como pública tranquilidad, un término que, según Covarrubias (1611), es *lugar común en el qual los oradores fe eñtienden contando los bienes que fe figuen della, y los males de la guerra su contraria*. Es el fin de la guerra o la tregua en la guerra. Una definición reciente recoge estos añejos significados¹: *la paz es similar, dependiendo del contexto, a una situación de reposo, a una disposición interior, a una armonía social, al orden social... a la 'concordia cívica', a la 'ausencia de guerra', al cese de las hostilidades, para no mencionar más connotaciones y las combinaciones y repeticiones entre un sentido y otro*. En inglés y en todas las vernáculos del latín, Paz también quiere decir ausencia de pleitos, violencia, en el individuo y entre individuos. Y en este sentido Paz también implica disciplina y resignación, como en *dejó el alcohol y encontró la paz interna*.

Paz, pues, siempre aparece en concupiscencia conceptual con guerra y violencia que, por seguro, no parecen necesitar de definición. Por siglos, sin embargo, el *Ius in bello* (derecho de declarar la guerra) y *Ius ad bellum* (reglas de enfrentamiento en la guerra) han servido para determinar criterios semánticos de la guerra que, de cualquier forma, sucede porque sucede. La violencia tampoco parece necesitar de definición, siendo cosa tan evidente y común, aunque sea enmarañado abarcar en una línea los muchos tipos, frecuencias y cualidades de la violencia. Johan Goltang, con todo, aventura una definición breve y envenenada: *violencia es la diferencia entre lo en potencia y lo sucediendo (actual), entre lo que pudo haber sido y lo que es*.²

La idea de Paz, en cambio, como remedia tanto (la guerra ha sido la escena prevalente de la historia humana), ha hecho las de imán de connotaciones positivas que, bien vistas, no pertenecen necesariamente a los esenciales de la Paz. A partir de Kant (1724-1804), distintas escuelas filosóficas y políticas han adherido a Paz cosas como «el estado de derecho», aunque el hecho de que la Paz florezca en el estado de derecho no significa que no haya sido Paz, por ejemplo, la establecida por la *pax* romana o la paz pactada corruptamente entre clanes mafiosos o la *pax* post circa 1876 en España, México o Estados Unidos. La guerra también tiene una historia de

¹ Offenstadt, N. (2007). *Faire la paix au Moyen Age: discours et gestes de paix pendant la guerre de Cent Ans*. Odile Jacob.

² Goltang J. (1969). «Violence, Peace, and Peace Research», *Journal of Peace Research*, vol. 6, núm. 3.

«leyes pactadas» y de no ley. Porque la Paz en la historia revela que, para quien la ansía o la vive, ella en sí es un fin que hace el olvidar el cómo.

También se ha pegado a la idea de Paz las de cooperación, solidaridad y filantropía. De la guerra, claro, también puede decirse lo mismo, tanto o más que de la Paz. Sin cooperación no hay ni Paz ni guerra. Y no ha habido forma más profunda de la hermandad humana que la que las guerras inspiraron en soldados, cronistas, pintores o memorialistas. En esencia, y a pesar de doscientos años de pacifismo, la idea de paz difícilmente se descarga de su connotación de forma legítima, controlada, de la violencia humana. A partir de la segunda mitad de la década de 1870, la idea de *pax* (americana, canovista, porfirista, la *pax* de Bismarck) al mismo tiempo pierde y gana su calidad de impresentable; la pierde porque ¿qué paz no fue (y ha sido) tramposa, al mismo tiempo guerra y paz?; y la gana porque, ante los ojos post-1945, esa vieja *pax* entre circa 1876 y 1914 resulta inaceptable moralmente.

Hobbes (1588-1679) consideraba que el estado de naturaleza humano era violento, la Paz requería de un orden civil y de garantías —es decir, de imposición violenta del orden—. También, en Hobbes o en Hegel (1770-1831), se incluye la idea de que una república o un Estado tiene la potestad de mantener su Paz y seguridad embarcándose en guerras con otros Estados. Inclusive en teóricos pacifistas y liberales, como John Rawls (1921-2022), la idea de Ley de pueblos (*law of peoples*) es una invocación a la idea de Paz ligada de naciencia a repúblicas liberales y democráticas federadas. Rawls mismo considera que ese *law of peoples* incluye el derecho de intervenir en Estados no liberales y democráticos (*outlaw states*). En fin, se tiene por cierto que la moderna filosofía política considera a la guerra un mal y una anomalía, y a la Paz un bien y un estado natural. Pero con lupa de historiador, la maldad absoluta de la guerra, o la bondad total, así como la posibilidad incuestionable, de la Paz perenne han sido siempre un entredicho —de Santo Tomás a Maquiavelo (1469-1527), de Hegel a Nietzsche (1844-1900) o de Hobbes a la teoría «realista» de las relaciones internacionales en el siglo xx. La defensa filosófica y política de la Paz, pues, no es sinónimo de pacifismo, el cual es sólo una versión, muy moderna y variopinta, de la invención de la Paz.

Paz, como idea, tiene su larga y densa historia, pero no es la misma que la de la Paz en la historia, un relato —si existe— que no constata la existencia de la Paz sino de la nostalgia de la Paz. Porque, a ojo de historiador, la Paz en presente se revela, primero, poco pacífica y, segundo, sólo una pausa o algo perdido. La *longue durée* de los imperios, de los estados-naciones, de los «pueblos», revela que la Paz es poco más que un intermedio. No obstante, filológica, que no empíricamente, *pax* contiene un cierto sentido de fijeza, de perdurabilidad.

Hasta fines del siglo xviii, y realmente hasta el siglo xx, la Paz no era considerada intrínsecamente buena. Guerra y Paz, creían los griegos, era lo que ellos eran; tragedia si la guerra estallaba, pero para ellos —como para los nacionalismos militaristas de la segunda mitad del siglo xix— era tan catastrófico si la Paz reinara por siempre. En 1874, el comandante prusiano de la victoria de 1871 contra Francia, von Moltke (1800-1891), escribió en 1874 al jurista suizo J. K. Bluntschli (1808-1881)—en el contexto de un congreso pionero de derecho internacional— *La paz perpetua es un querido, inclusive bello, sueño; la guerra forma parte del orden universal constituido por Dios. En la guerra se manifiestas las más nobles virtudes, el coraje, la abnegación y la fidelidad al deber, y el espíritu de sacrificio que arriesgaría la vida misma; sin guerra, la humanidad se sumiría en el materialismo.* Hasta el siglo xx, guerra y violencia no eran indeseables sino indispensables, cosas afines

a hombría, caballerosidad y salud del cuerpo social. Es decir, la Paz cual pacifismo fue cosa de unos pocos a fines del siglo XVIII, unos cuantos más y más influyentes (grupos y pensadores) en Inglaterra, Francia y Estados Unidos a lo largo del siglo XIX, y es cosa del siglo del pacifismo, el XX: el siglo de las grandes guerras y revoluciones. Pero en términos de cultura compartida, guerra y violencia, hasta muy recientemente, fueron orgullo de la especie.

Como los griegos, Maquiavelo en su historia de Florencia sintetizaba la trágica lógica de la Paz: el valor y la hombría producen Paz; la Paz, reposo; el reposo desorden, el desorden la ruina y de la ruina renacen la virtud, la guerra, el orden, la gloria y la fortuna. A principios del siglo XIX Hegel escribía que la guerra *preserva la salud ética de los pueblos en su indiferencia ante instituciones específicas, los preserva de habituarse a esas instituciones y su endurecimiento. Tal como el soplo del viento preserva al mar del horror que resultaría de la eterna calma, de la misma manera la corrupción resultaría del pueblo bajo una paz continuada o en verdad perpetua.* Tocqueville (1805-1859) era Kantiano en la defensa de una paz entre repúblicas europeas, pero ante Argelia no veía otra que la guerra a muerte de la civilización contra la barbarie. No es extraño, pues, que tragedias como la Primera Guerra Mundial fueran bienvenidas en una era llena de variadas versiones de la *pax* (*pax* británica, *pax* americana). Marx Weber consideró esa guerra un suceso grandioso y maravilloso que restaba individualismo a una era individualista marcada por el desarrollo de la tecnología y el capitalismo mundial. Lo mismo creyeron B. Croce (1886-1952) o el presidente H. Hoover (1874-1964) o D'Annunzio (1863-1838) u Ortega y Gasset (1883-1955). Muchos creían que la *pax* moderna en lo que Eric Hobsbawm llamó la era de los imperios (circa 1870-1910), había creado ciudadanos individualistas, monetarizados, afeminados. Este lenguaje que apreciaba el espíritu bélico como base de la virtud cívica, y sobre todo de la creación de los modernos y robustas Estados-naciones (repárese en casi todos los himnos nacionales) fue, hasta muy recientemente, *lingua franca*. Decía un personaje de J. M. Aguedas (1911-1969) ante el intento en la década de 1940 de prohibir espectáculos de toros donde animal y gente salían heridos o muertos: *maricones están echando a perder el valor de la indiada; están aguando la sangre del pueblo. ¡Ya dentro de poco no habrá hombres en Puquío!* Este es el espíritu bélico que corrió a lo largo y ancho de la historia de las lenguas europeas hasta bien entrado el siglo XX.

El balance entre Paz y guerra era esencial en la filosofía antigua. La historia del judaísmo o de su variante, el cristianismo, es uno con la historia de guerras y expulsiones, de imperios y contra-imperios. Como ha mostrado David Nirenberg,³ el judío, desde el antiguo Egipto, se fue constituyendo en el nombre genérico de una reserva cultural de odios y pasiones utilizable para violentar a judíos reales o imaginarios. Es claro que el cristianismo primitivo llegó diciendo no matarás, *mi paz os dejo, mi paz os doy, quien toma la espada morirá con la espada*. Este pacifismo, pues, dotaba de inusual radicalidad a la figura de Cristo. Pero esa Paz era de dimensiones divinas e individuales porque Yahvé, pidió a Abraham prueba de su capacidad de violencia por la fe: le pide que sacrifique a su hijo Isaac, y cuando el acto está a punto de cometerse, Yahvé, satisfecho, detiene a Abraham. No es este el triunfo de la paz: si Abraham hubiera consumado el asesinato, eso hubiera sido prueba, como acaso lo fue el intento, de que el judeocristianismo demanda estar listos, con la fe, a la peor de la violencia; y si Isaac se hubiera violentamente resistido a su padre, hubiera probado la justicia de la buena violencia contra la fe y el fanatismo. No por nada uno de los más influyentes juristas del siglo XX, Carl Schmitt (1888-1985), con-

³ Nirenberg, D. (2014). *Anti-Judaism: The Western Tradition*, Norton & Company.

sideraba que la habilidad de reconocer al *iustus hostis* (enemigo justo) era el principio del derecho internacional. Yahvé, pues, también vino a matar y, pronto, de Santo Tomás (1225-1274) a la escuela de Salamanca en los siglos XVI y XVII, la idea de la guerra justa y de la violencia legítima (contra moros o judíos o contra indios en rebeldía) fueron la constatación de que la Paz cristiana en la Tierra era como la Paz de los paganos griegos; es decir, una pausa, un pacto, entre pueblos, imperios o naciones, un derecho de unos soberanos o de unas religiones o de unas civilizaciones sobre otras.

En fin, la guerra ha sido la norma, la paz la excepción. Esto se concluye de la historia: por un lado, hasta muy recientemente, era la guerra lo que ocupaba al historiador (de Heródoto -484-426 a C- o Tucídides -460- ca 396 a C- a Gibbon -1737-1794- o Leopold von Ranke -1795-1886-, quien sin empacho consideraba que occidente era el hijo natural de la violencia, que el espíritu moderno era hijo de las cruzadas); por el otro, en el universo de hechos del pasado lo que ha habido en abundancia es guerras: de las guerras púnicas (265 AC) a las campañas de Julio César (circa 50 AC), o de la gran guerra civil romana (30 AC) a la primera cruzada (1099), o de la guerra de cien años (1337-1453) a la conquista de América, por no mencionar las grandes guerras europeas del siglo XVII y las de las era de las revoluciones o las del siglo XX. De hecho, la Paz en la historia, si aparece, lo hace con apellidos o apodos, mostrando que era un acuerdo de guerra, más que una no guerra; era una eterna guerra fría, o una paz “fingida”, como en el caso de la paz post-1876 o de la Paz apellidada *de Westphalia* (1648) que logró un balance militar y político en Europa poniendo fin a la guerra de treinta años en Alemania y a la guerra entre la monarquía hispánica y los Países Bajos. O la Paz conocido como la *de 1815*, que restableció un pacto militar y político entre monarquías e imperios a la derrota de Napoleón. La Paz de Versalles, la pactada después de la Primera Guerra Mundial, fue, decía Maynard Keynes, una Paz *cartaginesa*, el presagio de una mala guerra, esa paz *solo podía tener el efecto de acortar el intervalo de la recuperación de Alemania y de apurar el día en que Alemania una vez más lanzara sobre Francia sus mejores estadísticas, sus superiores recursos y habilidades técnicas.*⁴

El concepto Paz, pues, no es concebible sin el par guerra y violencia. Esta mezcolanza es nuestro humano e indisoluble coctel histórico (lo que la especie ha sido y ha hecho de sí misma), filosófico (las maneras de dar sentido trascendente a lo que como especie hemos sido capaces de hacer), ético (la trayectoria de ideales y normas para controlar lo que somos) y político (el poder y la violencia legítima).

En breve, hay tres estilos más o menos distinguibles (aunque siempre entremezclados) de aproximarse a este coctel perenne y vital: instinto, poder y violencia y, finalmente, pacifismo.

Instinto. *Con cada niño recién nacido nace un mundo nuevo*, escribió Carl Schmitt, *Por el amor de Dios, ¡entonces cada niño recién nacido es un agresor! Ciertamente lo es, y por ello tienen razón los Herodes y organizan la paz.* No por altisonante semejante barbaridad ha dejado de ser una explicación importantísima sobre la Paz-guerra-violencia, así, sin separaciones, sin oposición: un instinto humano. Esta es una explicación antigua, anacrónica. También es de lo más novedosa. Equivale a la noción de naturaleza humana en Platón (427-347 a C), Aristóteles (384-322 a C), Maquiavelo (1469-1527), Suárez (1548-1617), Rousseau (1712-1778) o Hobbes. Y ha sido el corazón de la revolución científica entre el siglo XIX y el XXI, entre Darwin y la nueva ciencia

⁴ Keynes, J.M. (1920). *The Economic Consequences of the Peace*, Harcourt, Brace and Howe.

del cerebro humano. Paz o guerra como instinto solían ser las conclusiones filosóficas como las de Platón: la razón requiere al deseo para existir y quien vive ha de sufrir sus apetitos, el hombre busca sus deseos, no hay manera de evitar la violencia y la guerra. O las de Maquiavelo que veía en el espíritu humano su innata ambición, origen de la primera muerte y del crecer de la primera hierva *roja de sangre*.

Este pensar filosófico —*el hombre es agresivo, violento y tendiente al egoísmo e inclusive a la maldad*— fue revolucionado por la moderna biología, antropología y genética. Darwin (1809-1882) pintó el origen de las especies, aunque sin hablar de la humana, sin posibilidad de Paz, una guerra constante por la supervivencia del más fuerte y adaptado al medio. A principios del siglo xx, el viajero y antropólogo alemán Leo Frobenius (1873-1938) concluía que desde sus orígenes la especie humana había sido una guerra, *Menschenjagd*, cacería de presa humana. Ortega, en la década de 1920, fascinado por la lectura de Frobenius, hablaba de la decadencia europea y de España como casi un error de evolución de la historia, endémicamente violenta. Y Konrad Lorenz (1903-1989) mostró que la agresividad innata de la especie había servido a su supervivencia; el deseo de supervivencia produce la guerra y la agresividad, que a su vez aumenta la inteligencia, la memoria, la imaginación, la fuerza que nunca tiene suficiente, de ahí los ciclos eternos de violencia. La Paz, pues, deviene en una imposibilidad biológica.

Con las nuevas ciencias del cerebro la cosicosa sólo ha aumentado. Neurólogos, antropólogos y biólogos evolucionistas debaten la evolución de la violencia y la guerra ligada al sexo, la reproducción, la supervivencia. Que la especie es violenta, parece una conclusión difícil de escapar, pero las nuevas ciencias a veces parecen añadir: *and it is a good thing*. En el 2015, metido en esta larga discusión, un historiador de Stanford (Ian Morris),⁵ no se corta: *La guerra ha sido buena para algo: en el largo plazo, ha hecho a la humanidad más segura y rica. La guerra es el infierno, pero —otra vez en el largo plazo— la alternativa hubiera sido peor*. Así, en los estudios de violencia y guerras, bandas de chimpancés o gorilas se vuelven la metáfora de las sociedades humanas, del *selfish gene* humano; o prueban que la violencia ha evolucionado óptimamente,⁶ y que aunque la violencia continúa somos más pacíficos, nos matamos menos, toda proporción guardada, que los cazadores recolectores.

Entre antropólogos el mito a ratos vira en instinto porque infinidad de grupos humanos, ayer u hoy, han tenido mitos no sólo violentos sino que exigen violencia, no paz (sacrificios, ayunos, representaciones de guerras, hombría, valentía). Michael Taussig, con posmoderna fascinación por la violencia, ha encontrado en el colonialismo dos mitos espejo uno del otro: la violencia ritual de los supuestos salvajes colonizados —y yo diría estudiados por los antropólogos— y la violencia también de alguna forma ritual de los colonizadores —y yo diría también del antropólogo— sobre los colonizados. Taussig no ve salida, otra que entender la lógica del salvaje, que hable él como exorcizándonos de nuestra necesidad de violencia.⁷

De estas explicaciones biológico-antropológicas también han abrevado las que sostienen que la Paz es el estado natural del ser humano, y por cada tribu de changos violentos se encuentra una de Bonobobos que no pelean, copulan alegremente, hetero y homosexualmente, para

⁵ Morris, I. (2015). *War! What Is It Good For? Conflict and the Progress of Civilization from Primates to Robots*, Farrar, Straus, & Giroux.

⁶ Pinker, S. (2011) *The Better Angels of our Nature. Why Violence has Declined*. Viking.

⁷ Taussig, M. (1984). «Culture of Terror—Space of Death: Roger Casement's Putumayo. Report and the Explanation of Torture», *Comparative Studies in Society and History*, vol. 26, núm. 3.

solucionar sus disputas. Y se encuentran también cazadores recolectores que eran todo amor, proto-firmantes de la agenda de derechos humanos de las Naciones Unidas. En fin, el auge de la genética y las neurociencias sólo traerá nuevos descubrimientos que es muy probable que concluyan lo obvio: la violencia y la agresividad es tan humana como la Paz y la tranquilidad.

Poder y violencia. *El poder es, cierto, la esencia de todo gobierno*, escribió Hannah Arendt (1906–1975), *pero no la violencia. La violencia es, por naturaleza, instrumental.; como todos los medios, [la violencia] siempre está en necesidad de guía y justificación a través del fin que persigue*.⁸ Esta dicotomía entre poder y violencia resume la filosofía política occidental. La historia del pensamiento político podría ser reconstruida como la respuesta a la pregunta Paz y guerra, desde Hobbes hasta Schmitt, desde Francisco de Vitoria a John Rawls. Pensar la Paz y la guerra de manera filosófica ha tenido importantes consecuencias en el pensamiento jurídico (derecho constitucional e internacional), en la teoría social y en el surgimiento del pacifismo como moderna corriente de pensamiento. Nociones como *estado de naturaleza* (Hobbes), *Paz perpetua* (Kant), *guerra justa* (Santo Tomás, Vitoria), *contracto social* (Rousseau) *monopolio de la violencia legítima* (Weber), *revolución, lucha de clases* (Marx), *law of people, outlaw state* (John Rawls), *realismo político internacional* (Morgenthau)... son parte de la enredada, larguísima e irrenunciable historia del dotar de sentido al poder y la violencia, que son maneras de pensar la Paz y la guerra.

Baste hablar de dos aspectos sobre las posibilidades de la Paz que surgen de la dura constatación de que la guerra es el otro nombre de la especie: las distintas versiones de guerra justa y el surgimiento del pacifismo. Dejo fuera la importante veta de pensamiento sobre los fines y reglas de la guerra misma —de Clausewitz (1780–1831) a las recientes discusiones sobre la importancia de las guerras pactadas —James Q. Whitman, 2014—. Sólo digo que en las postrimerías de la *pax* de 1876 Clausewitz mismo fue redescubierto en la Alemania unificada, traducido al inglés en 1873, como si ese estrategia de la guerra total imaginada a raíz de las guerras napoleónica, fuera en la estrategia del difícil equilibrio de paz después de 1876. O que James Whitman publica su libro en el contexto de guerra total contra el terrorismo y todas sus consecuencias en violencia generalizada en el mundo —como si la vieja idea de las guerras realizadas y concluidas con batallas pactadas ganaran en civilización—.

En La Liga de Naciones, apoyada por el presidente W. Wilson después de la Primera Guerra Mundial, o en la fundación de las Naciones Unidas después de la Segunda, se mezclaron estos debates filosóficos —por ello para unos se trata de instituciones sustentadas en el ideal de la Paz perpetua kantiana, para otros son organismos que mantienen la *pax* imperial.

Suele decirse que la Paz de Westphalia (1648) inaugura el derecho internacional o la ciencia de la diplomacia con la Paz como ideal: una estrategia, una pausa y, sobre todo, un balance de poder, apreciable y defendible pero que nunca elimina la posibilidad de la guerra justa. Sin embargo, remontarse a Westphalia da épica pero, creo, quita certeza histórica. Derechos de conquista y de guerra son anteriores y posteriores a Westphalia, pero el moderno derecho internacional es cosa sobre todo del siglo XIX. Como forma de pensar la paz, el surgimiento del moderno internacionalismo jurídico es pariente del pacifismo surgido del abolicionismo y del pensamiento protestante cuáquero, pero no es lo mismo —aunque para principios del siglo XX una veta del internacionalismo jurídico, por ejemplo Léon Bourgeois (1851–1925), en la Haya, semeja el universalismo pacifista más allá de equilibrio paz-guerra internacional

⁸ Arendt H. (2014). *On Violence*, Stellar Classics, Cheshire.

mantenido por las leyes, pero que aceptaba la guerra como posibilidad y también establecía leyes de enfrentamiento. El derecho internacional moderno tampoco fue un mero derivado de la hipocresía europea montada en la ciencia —del positivismo jurídico alemán al impacto de Darwin en la justificación civilizatoria de los imperios europeos en África—. Pero para fines del siglo XIX ya se habían apareado inseparablemente internacionalismo jurídico y el racismo antropológico. En suma, la historia de la concepción de la paz a través del derecho internacional es la mezcla de muchos ideales, mucha *Realpolitik*, mucha ciencia; una historia cuyo primer gran momento surge en las postrimerías de la guerra de Crimea, la guerra franco-prusiana, la unificación italiana y alemana y la llamada *Alabama claims* después de la guerra Civil en Estados Unidos —una demanda contra Inglaterra por haber apoyado a los confederados que resultó en una exitosa negociación con la intermediación de Brasil—. El fin de este internacionalismo fue el desastre de 1914. Los tratados del Versalles y la segunda guerra mundial cambiaron el tablero y las piezas con que se imaginaba la paz jurídicamente.

En 1873, un conjunto de pioneros europeos en derecho internacional, van más allá del pacifismo cuáquero y anti-esclavista y establecen el *Institut de Droit International*. Desde la primera mitad del siglo XX comenzó a surgir el nuevo oficio de abogado internacional, la moderna diplomacia que mantendrá el sueño de equilibrio de poder pacífico hasta el la Primera Guerra Mundial. Como ha explicado Martti Koskenniemi⁹, *muchos grandes objetivos probaron ser irrealizables —federalismo global, paz, derechos humanos universales— y resultó que otros tendrían consecuencias exactamente contrarias a las expectativas de los abogados: la proyección de la soberanía occidental en las colonias es el ejemplo más conspicuo.*

Lo que en la segunda mitad del siglo XIX piensan y hacen los miembros del *Institut de Droit International* o los contribuyentes a la influyente *Revue de droit international et de législation comparée* —que incluían al argentino Carlos Calvo— constituyen otra forma de paz y guerra. La idea de nación surgida de las independencias americanas y de la unidad italiana y alemana, el crecimiento de la idea nacional en el imperio austrohúngaro y la lucha por los restos del imperio otomano, convivieron con toda suerte de internacionalismos (el internacionalismo del propio nacionalismo como idea cosmopolita, no como idea de la cara de una nación u otra; los del abolicionismo, el sufragismo, el socialismo; o de la idea de paz perpetua al esperanto). Para mediados del siglo XIX, ni la gran guerra de Crimea hacía dudar de las posibilidades de paz entendida como derecho internacional. Por un lado, antes de ser totalmente racializada, la idea de civilización conllevaba la convicción de que todos los pueblos seguían camino nacional con principios y destinos comunes que regían sus vidas políticas internas y externas. Por otro, la guerra de Crimea no ponía aún en riesgo la idea de un sistema de paz europea, podía ser vista solo como la cuestión oriental, asunto de un viejo imperio difícilmente europeo, Rusia. La guerra franco-prusiana cambió las reglas: *La guerra y el establecimiento del imperio alemán*, explica Koskenniemi,¹⁰

inauguró una nueva era en la política internacional. Hubo un cambio de sentimiento, un giro «de un orden internacional moral a uno de Realpolitik». El militarismo estaba al alza. La creación de Alemania e Italia parecía confirmar que a veces la guerra no sólo era inevitable, sino necesaria. La política internacional (Wëltpolitik) de Alemania creó miedos de guerra sucesivos en

⁹ Koskenniemi, M. (2022). *The Gentle Civilizer of Nations: The Rise and Fall of International Law, 1870-1960*, Cambridge.

¹⁰ Koskenniemi, M. Op.cit.

Inglaterra, que no hizo nada para reducir los niveles crecientes de armamentos. Además, el deseo de revancha de Francia después de Sedán atravesó todas las facciones de la sociedad.

Internacionalistas como el suizo Johann Caspar Bluntschli (1808–1881), el alemán Baron Franz von Holtzendorff (1829–1889), los argentinos Carlos Calvo (1824–1906), con largas residencias en París, y Luis María Drago (1859–1921), los franceses Edmond Drouyn de Lhuys (1805–1881) y F. Esquirou de Parieu (1815–1893) y el ruso D. I. Katchenowski (1827–1872) fueron la avanzada de un posible derecho internacional más allá de los pactos entre emperadores a través de la fundación de una academia europea de derecho internacional. Con muchas variaciones teóricas y políticas, el nuevo derecho internacional imaginó la paz como el mantenimiento a toda costa del equilibrio alcanzado a principios de la década de 1870, pero no era un pacifismo militante. Al contrario, era sobre todo una cruzada para civilizar pactos imperiales y la guerra misma.

Pero entre 1870 y 1914 no era lo mismo pensar derecho internacional en alemán, en francés, en español, en italiano, en ruso o en portugués. La burbuja de internacionalistas, claro, estaba interconectada y ligada a través de las nuevas revistas e institutos. Era una lucha gremial por profesionalizar un nuevo tipo de diplomacia. Pero también eran distintas formas de barajar riesgos según cada lengua, cada circunstancia. El internacionalismo alemán, por ejemplo, de ser anti-imperialista viró en misión civilizatoria en África, como el francés. Pero el francés surgió de la derrota contra Prusia y la humillación y el deseo de venganza por la pérdida de Alsacia y Lorena, por ello acabó en misión civilizatoria, pero también en supuesta defensa de los débiles, ora en la creación de una *Amérique latine* que protegía al débil México del nuevo imperio estadounidense (Napoleón III y su apoyo al imperio de Maximiliano en México) ora en la defensa del internacionalismo frente Alemania e Inglaterra ante las disputas de la cuestión oriental o de África. Para fines del XIX, Léon Bourgeois, el padre intelectual de la idea de *solidarité*, varias veces ministro de la Tercera República e influyente voz en las conferencias internacionales de la Haya en 1899 y 1907, buscaba la creación no de equilibrio de poder militar sino de conciencia universal de derechos que llamaríamos humanos. En cambio, el internacionalismo portugués fue entre 1870 y 1919 una lucha no por avanzar nuevos derechos civilizatorios y positivos, sino por defender viejos derechos de conquista y cristianización en África.

Sería difícil mantener la existencia de un gran internacionalismo en castellano entre 1876 y 1914, porque, por un lado, España se embarcó en la defensa de sus intereses en la costa mediterránea africana y en Cuba, sin gran necesidad de recurrir al internacionalismo. Por otro, el internacionalismo hispano-americano participó del momento internacional sobre todo defendiendo lo que se conocerá como las doctrina Calvo y Drago: la igualdad legal de extranjeros y nacionales ante las diferentes jurisdicciones nacionales, buscando evitar la bien conocida excusa europea y estadounidense de intervenir militarmente en los países americanos en defensa de sus nacionales o para cobrar deudas (la doctrina Drago fue pensando en el contexto del intento de intervención italiana, inglesa y alemana en Venezuela para cobrar deudas). El argentino (aunque uruguayo de nacimiento y francés de convicción) Carlos Calvo (1824–1906) y otro argentino, Luis María Drago (1859–1921) (ministro de relaciones a principios del siglo XX) son ejemplos del internacionalismo en español. Desde mediados del siglo XIX Calvo logró notoriedad de internacionalista al servir de mediador entre Paraguay e Inglaterra a raíz del conflicto surgido de la detención de Santiago Canstatt, uruguayo con ciudadanía inglesa que

en Paraguay participó en 1859 de un complot para asesinar a Carlos López, dictador paraguayo. Inglaterra exigió la entrega de su súbdito, rompió relaciones con Paraguay. Calvo logró restablecer las relaciones, negociar las disputas entre Inglaterra y Paraguay y a lo largo del siglo XIX siguió defendiendo la igualdad de extranjeros residentes y nacionales ante las jurisdicciones de cada país. La llamada *doctrina Calvo* fue utilizada por primera vez por México en 1873 ante las reclamaciones estadounidenses por daños a propiedad durante las guerras contra el imperio. Para la conferencia internacionalista de la Haya en 1907, versiones de las doctrinas Calvo y Drago (no derecho de intervención extranjera para cobrar deudas), fueron aprobadas.

En suma, la Paz cual derecho internacional, primero, no era ni filosófica ni prácticamente concebida como ausencia total de violencia, sino como un justo balance de fuerzas (como quedó claro con el Congreso de Viena tras las guerras napoleónicas). Por tanto, la Paz misma podía virar en injusticia insoportable, en Paz despreciable. La Paz se gana y se mantiene, no es el estado natural de la especie. La *pax romana* no era *pax* por carecer de violencia o por semejar la Paz eterna (el tempo de Jano, que sólo se cerraba en tiempos de Paz, fue cerrado, dicen, sólo en 9 ocasiones en un milenio), sino porque era seguridad, balance de poder, jerarquía, orden y relativa justicia interna, en los confines del imperio. Otra cosa era la Paz hacia fuera del imperio o para los rebeldes del imperio. De hecho, hasta el siglo XXI, la Paz doméstica europea —orden, estabilidad, no violencias internas— casi siempre ha significado *outsourcing* o *proxy war*: llevar la guerra a otra parte, a territorios definidos como colonias, barbarie o confines de enemigos, declarados o en potencia, de la Paz interna. El Estados Unidos liberal y democrático a lo largo del siglo XIX ni siquiera consideraba guerra oficial la mantenida en *the frontier* con toda suerte de grupos indígenas; esa no era guerra, ni era violencia, era hacer patria, crear Estado. La Inglaterra victoriana, se supone, fue un remanso de Paz hasta la Primera Guerra Mundial porque la guerra y la violencia estaban en la India, en África. Ya sea por decreto religioso, civilizatorio, de seguridad nacional o de defensa de derechos humanos, pero el caso es que la vieja creencia en *la guerra justa* ha dado lugar a la existencia conceptual y real de la Paz posible. Y esto a menudo ha significado de algún modo llevarse la guerra a otra parte.

Santo Tomás sostuvo la idea de una guerra justa en términos de la defensa y conquista de los enemigos de una verdad y bondad absolutas: Dios. Pero fue Maquiavelo quien modernamente dio sustancia al concepto de guerra justa. Después de él, quedó claro el carácter relativo de la Paz; deseable sí, pero no siempre lo mejor ni lo óptimo. Se puede y debe vivir en Paz, creía Maquiavelo, en tanto que la guerra no sea la manera más fácil y expedita de lograr la supervivencia y el engrandecimiento de las repúblicas y los príncipes. El dilema de la Roma antigua consistía en una eterna virtud cívica/Paz *versus* guerra de defensa y expansión. Para mantener la virtud cívica y la Paz interna lo mejor sería no expandirse, no embarcarse en guerra externas, en conquistas que crean inestabilidad, caudillos, clases militares incontrolables, corrupción. Pero sin las guerras expansivas los enemigos externos acababan con la Paz interna. Para Maquiavelo no hay dilema: evitar la muerte lleva a la guerra, las guerras que salen de la ambición de los príncipes o repúblicas son necesarias e inevitables. También peligrosas. Pero nunca llevan a aniquilar del todo al enemigo porque ningún príncipe o república quiere el fin, sino la sumisión de la gente. Y pensadores del siglo XX como Carl Schmitt —resucitado en el siglo XXI— no tuvieron empacho en desarrollar, con una agudeza peligrosa, la lección de Maquiavelo. Para Schmitt el centro de la política es definir los amigos y los enemigos; la

guerra entre un soberano y sus enemigos no hace ni buenos ni malos al soberano o al enemigo. Calificar moralmente al acto político por excelencia —la soberanía, la guerra— es perpetuar la violencia. Sólo entendiendo esta lógica de poder pueden disminuirse la guerra y la violencia.

Para 1932, Carl Schmitt consideraba que el imperialismo, o llevarse la guerra a otra parte, no eran sólo cuestión de estrategia militar o de dominio territorial, sino un tema derivado de los conceptos filosóficos de paz y guerra. Si se entendía guerra y paz, vía el derecho internacional de fines del XIX, como una defensa de estados débiles, Alemania no era soberana, la verdadera soberanía era permitirse decidir qué era el derecho internacional.

La lección de Maquiavelo o Schmitt ganó un giro insospechado en el realismo de los estrategas de la Guerra Fría en el siglo XX: en la era atómica, se hizo posible la aniquilación no sólo de pueblos enteros sino de la especie, pero el balance de poder, la carrera armamentista, podían crear un equilibrio de miedo que irónicamente produjera una Paz llevadera. Así, por altisonante que parezcan Maquiavelo o Schmitt, a ojos del siglo XXI pensadores tan distintos como Raymond Aron o Henry Kissinger eran, de alguna manera, *maquiavélicos* o *schmittianos*. Pero el realismo político de la Guerra Fría también significó, como en la era de los imperios, un *outsourcing* de la violencia: a Corea, Vietnam, Angola... La máxima de Maquiavelo parecía más viva que nunca en el mundo de los nacionalismos y en el mundo bipolar del siglo XX: el deseo humano es insaciable, quiere más, lleva a condenar el presente, a celebrar el pasado y anhelar el futuro. Fórmula perfecta para la guerra: no hay Paz que dure cien años ni patria que la aguante.

El impacto de Maquiavelo en el pensamiento renacentista, la idea de la guerra como justa lid (por religión, soberanía o efecto civilizatorio), las guerras durante la Reforma protestante, junto a un hecho trascendental en la Europa del Renacimiento, la conquista de América, produjo en el siglo XVII una corriente de pensamiento que asume pero tuerce el pragmatismo de Maquiavelo para enfrentar lo que representaba América: mercados, oro, materias primas, comercio, esclavitud y la verdadera posibilidad de aniquilación de gente (la población indígena de América en una generación disminuyó, según qué historiador se lea, entre un 60 y un 80%). Ya en la Francia de las fratricidas guerras de religiones del siglo XVI y XVII, Juan Bodino (1529-1596) pensó estas cosas estableciendo, como Maquiavelo, la soberanía absoluta del Estado, del rey, sobre todas las cosas y poderes, pero derivó de esta conclusión la posibilidad de la Paz a partir de la convivencia, bajo un mismo poder absoluto, de la libertad de conciencia y la tolerancia religiosa. Los teóricos españoles del XVI y XVII, pensando en América, produjeron un corpus jurídico, teológico y filosófico que sin negar la soberanía absoluta y divina del emperador, protegía a los súbditos americanos de la violencia desmedida y la aniquilación [Domingo Soto (1495-1560), Diego de Covarrubias (1512-1777), Tomás Mercado (ca 1523-1575), Luis Alcalá (s. XVI), Fernando Vázquez de Menchaca (1512-1569), Francisco de Vitoria (1483-1546), Francisco Suárez (1548-1617), Diego de Saavedra Fajardo (1584-1648)]. Eran partidarios de la tradición de la guerra justa, y por ello concluían que los indios pacíficos, cristianos, no podían ni ser esclavizados ni ser violentados. En sus innumerables variables, la tradición de la guerra justa establece la posibilidad de definir un mal, un X, que puede ser, vía la guerra, corregido en un bien, un ~X, pero una corrección siempre condicionada moralmente: gobierno justo, uso

de la guerra como último recurso, reglas de combate, etc. Por tanto el concepto de guerra justa ha definido también la Paz justa, armada de leyes, de amor y religión, pero también de armas.

El caso de América y España lo deja claro: los debates del siglo XVI sostuvieron la llamada *duda indiana*, como en Francisco de Vitoria cuya reflexión partió de la guerra sangrienta y desmedida llevado al cabo por Pizarro (1478-1541) en el Perú —informado por su amigo Fray Vicente de Valverde (1498-1541)—. La conclusión del indio súbdito con alma y del emperador cristiano, implicó que el asesinato del Inca o los desmanes españoles en América eran guerra injusta. Y esto estableció también los parámetros de una Paz justa, la que mantuvo a indios y españoles separados en dos repúblicas, los unos protegidos de los otros por la religión, el buen gobierno, el emperador justo y, también, las armas. Pero también establece la guerra justa: el emperador tiene derecho a pelear contra infieles si estos resisten, principios que se mantienen en Alcalá, Salamanca, Coímbra, México, Lima y Valladolid y que rigieron los largos confines de los imperios americanos. La paz de las comunidades indígenas en el Paraguay era jesuita, mantenida por la religión y por las armas en defensa de tribus no pacificadas y de portugueses y españoles que, arguyendo la soberanía de reyes sobre los jesuitas, decretaban que los indígenas y sus jesuitas resistían a tal soberanía, ergo eran sujetos de ser combatidos en guerra justa. Schmitt, admirador de Vitoria y Donoso Cortés (1809-1853), creía que el *nomos*, el poder del Estado europeo, surgió del descubrimiento y conquista de América que llevó a la organización del *Landnahme* (derecho a tomar territorios) entre las potencias europeas, sustituto del viejo orden basado en la monarquía universal católica. Creó la distinción entre Europa y sus naciones-estados y el territorio no europeo, ahí para ser tomado y conquistador por los europeos. Para Schmitt, Vitoria o Bartolomé de las Casas (ca 1474-1566) no habían sido defensores de los indios, sino del derecho español, europeo, de apropiarse de territorios no europeos. Por eso para Schmitt el pacifismo y el imperialismo moral democrático estadounidense a partir del fin de la Segunda Guerra Mundial, habían desvirtuado el viejo orden. El oponente en guerra viraba no en *iustus hostis*, en simple adversario, sino en enemigo ontológico, representante no de intereses opuestos sino de la maldad ontológica cuya destrucción no debía ahorrar ningún medio, ergo, decía Schmitt, la perpetuación de las guerras fratricidas por la moral pacifista democrática. El adversario es solo el adversario, vencer es el objetivo, declararlo moralmente aniquilable era perpetuar la guerra.

Paz justa y guerra justa también han sido un silogismo que acaba en la idea de mercado. Cuando los emperadores españoles limitaban la violencia sobre los indígenas en América, no sólo avanzaban un principio moral sino una posición de mercado, de derecho de extracción, de crear monopolios, de uso de la mano de obra, cobro de tributo, repartición de honores, privilegios y derechos. Paz, pues, ha sido definida en paralelo al mercado, pero en la historia han variado las consecuencias de esta coexistencia. Por un tiempo, la Paz justa sólo era concebible cuando el soberano controlaba mercados —nada de libertad de comercio, nada de piratería, competencia desleal, que sólo llevan a la guerra—. Para el siglo XVIII, el liberalismo propone que la Paz es el producto natural del comercio libre, con mercados libres no hay necesidad de guerra. El comercio deviene en la garantía de la Paz, porque el mercado es la guerra bien organizada y no violenta. La ilustración escocesa (Hume, Ferguson, Smith) o Kant creían que el comercio sería la clave que traería la Paz, no por razones morales sino como consecuencia misma de los deseos humanos de más riqueza. Y John Stuart Mill (1806-1873) colocó al

libre mercado el centro de la Paz: *Donde la industria es libre, y donde los hombres están seguros en el disfrute de lo que ganan, la más grande mejora que el gobierno puede recibir es una aversión estable e ilustrada de la guerra.* Para la segunda mitad del siglo xx, el liberalismo político cedió su alma a las teorías neoclásicas del mercado, como recientemente ha mostrado Bernard Harcourt: a partir de la década de 1980, sostener un orden liberal en Estados Unidos significa libertad absoluta de mercados, desregulación, la mano invisible del mercado sin intervención del Estado, garantía de Paz y prosperidad.¹¹ Sin embargo, este nuevo liberalismo demanda del Estado el control absoluto y totalmente interventor en lo que hace a la violencia, el crimen o la seguridad nacional. Resultado: la *pax* americana: el 1% de la población en la cárcel y sin embargo altísimos índices de criminalidad, más altos que países que tienen muchísima menos población carcelaria; promoción del libre mercado alrededor del mundo, pero cárceles secretas y privadas, porque un estado liberal no se mete en el mercado, pero sí declara la guerra... a los Estados, a las drogas, al terrorismo...

Otra cosa es el pacifismo. En 1713, en el medio de guerras y paces (Utrecht) entre Francia, España, Inglaterra y Austria, Charles-Irénée Castel de Saint-Pierre concibió *Projet pour rendre la Paix perpétuelle en Europe*: el vislumbre de una Europa confederada, con soberanías independientes, pero unidas en defensa y mutua no agresión. El proyecto tuvo eco a lo largo del siglo XVIII, en Rousseau y en otros pensadores, y es un mojón importante en la historia de la idea de Paz. En su análisis del *Estado de guerra*, Rousseau se distanció de la visión pesimista de Hobbes (la guerra como el estado natural del hombre): *el estado de guerra*, creía Rousseau, *antes que ser natural al hombre, nace de la paz, o al menos de las preocupaciones que los hombres han tomado para lograr una paz duradera.* Inspirado en Saint-Pierre, Rousseau consideró pero rechazó la posibilidad de federalización de grandes repúblicas y acabó proponiendo su ideal de pequeñas repúblicas autárquicas con milicias para defenderse de ataques de grandes Estados. La Paz de Saint-Pierre, o la de Rousseau, fue la referencia directa de la más influyente idea de Paz perpetua en la historia de la idea de Paz: Kant y su esquema de la Paz Perpetua (*Zum ewigen Frieden. Ein philosophischer Entwurf*, 1795).

Desde la década de 1780, Kant propone una federación moral para terminar con el estado de naturaleza. No es que Kant negara, a la manera del pacifismo del siglo xx, los efectos benéficos de la guerra, pero imagina un futuro en que la guerra devenga innecesaria debido a una *existencia universal cosmopolita*: la guerra ha producido libertades en determinados Estados, ha instalado un egoísmo ilustrado que a la larga hará que todos los actores se autorregulen. La guerra, creía Kant, poco a poco desaparecería debido a la interconexión comercial e intelectual, cualquier revuelta arriesgaría los beneficios ganados y los principios compartidos. Pero ese escenario futuro requería de ciudadanos libres porque, creía Kant, cuando un súbdito no es ciudadano, *la guerra es lo más fácil.* Ciudadanos libres, pues, que poco a poco sustituyan derechos nacionales (*Völkerrecht*) por derecho mundial (*Weltbürgerrecht*), eso sería, confiaba Kant, la Paz perpetua basada en tratados, en respeto a soberanías individuales pero bajo una cultura ilustrada común; sustentada en la autodeterminación de gobiernos republicanos, en la hospitalidad y el trabajo cultural para alcanzar la utopía de la Paz perpetua.

Ante los efectos violentos de la Revolución francesa, Kant moderó su utopía, sin dejar de enfatizar la importancia de principios republicanos: cuando Estados autogobernados, con ciu-

¹¹ Harcourt, B. (2012). *The Illusion of Free Markets: Punishment and the Myth of Natural Order*, Cambridge.

dadanos libres, pueden decidir, la guerra se evita. Esta es la raíz filosófica del pacifismo del que, de distintas y complicadas maneras, se ha nutrido el derecho internacional, la filosofía y las teorías de relaciones internacionales. Se encuentra lo mismo en los tratados que dieron origen a la Unión Europea que en las teorías de fines del siglo xx que sostienen que la democracia garantiza la paz —los estados democrático no pelean—; también es la base de las recientes e influyentes teorías de la Paz, como la de Dieter Senghass —una teoría de la Paz perpetua basada, otra vez, en cosas liberales y democráticas como el monopolio legítimo de la violencia, el estado de derecho, la solidaridad entre ciudadanos, principios democráticos eficaces, justicia social y una sólida cultura de resolución pacífica de conflictos.¹² En todos los casos, es un pacifismo teórico, complicado, denso, pero que aún guarda el sabor a utopía de la Paz perpetua kantiana. En cambio, Raymond Aron (1905-1983), otro tipo de pacifista en el siglo xx, creía que no había teoría de la Paz posible que no contemplara, previera y preparara para la guerra.

En el siglo xix crecen varias nuevas formas de pacifismo —la propia palabra, «pacifismo», parece haberse vuelto de uso común a partir de 1900. En estos nuevos pacifismos, contradictorios y beligerantes, la utopía filosófica de la Paz perpetua es alimentada por diversas variantes de pensamiento cristiano —sobre todo en Inglaterra, Francia, Estados Unidos y Alemania—. Así, a lo largo del siglo xix el pacifismo irá creciendo a golpe de asociaciones (pacifistas, pero raramente en paz entre ellas), congresos, manifiestos y libros *best-seller* que van creando una corriente mundial de pacifismo de distintos sabores y colores. En Londres, en la década de 1790, se organizaron grupos pacifistas en contra de la intervención inglesa en los terribles asuntos de la Revolución francesa. En 1812, en el medio de una nueva guerra entre Estados Unidos y el Reino Unido, el religioso presbiteriano David L. Dodge (1774-1852) publica uno de los primeros *best-seller* del pacifismo *War Inconsistent with the Religion of Jesus Christ*. Este es el origen del influyente pacifismo norteamericano, de origen cuáquero, presbiteriano y baptista.

Al lo largo del siglo xix, y hasta la Primera Guerra Mundial, varias cosas obsesionaron a este pacifismo estadounidense y acabaron por crear distintas corrientes: ante todo la esclavitud, luego la guerra con México, la aniquilación de distintas naciones indígenas, la Guerra Civil y la guerra de guerrillas en Filipinas a principios del siglo xx. Unos pacifismos más radicales que otros, pero al final todos, en Estados Unidos o en el Reino Unido, fueron la vanguardia del antiesclavismo mundial, en eso no tenían gran conflicto. En las décadas de 1820 y 1830 se crean varias organizaciones pacifistas, como la moderada American Anti-Slavery Society y la American Peace Society, y la más radical New England Non Resistance Society. La guerra con México divide a las organizaciones pacifistas —porque para muchos voluntarios estadounidenses esa guerra fue de religión, de protestantes contra católicos—. El libro estadounidense, y mundial, por excelencia del primer pacifismo antiesclavista fue *Uncle Tom's Cabin* de Harriet B. Stowe (1852), un manifiesto sobre la incompatibilidad del cristianismo y la esclavitud, pero que no sustenta la violencia para abolir la esclavitud, cosa que sí hizo en 1859 el antiesclavista radical John Brown (1800-1859), que fue capturado, juzgado y condenado a muerte, dividiendo al pacifismo: para unos, como para la propia Harriet B. Stowe (1811-1896), Brown era un héroe de la causa; para otros, como para el líder negro, exesclavo, Fredrick Douglas (1818-1896) o Víctor Hugo (1802-1885), líder del pacifismo mundial, condenaron su muerte y los métodos violentos de Brown.

¹² Senghass, D. (2007). *On Perpetual Peace: A Timely Assessment*, Oxford.

Por la misma época, la violentísima segunda guerra Anglo-Sikh en India divide a las asociaciones pacifistas inglesas, que si unidas en lo que hacía al antiesclavismo, se dividían ante el colonialismo. Si Inglaterra o Francia esparcían la civilización y la buena religión, ¿es aceptable la guerra contra bárbaros, páganos y de otro color? Para principios del siglo xx, Mahatma Gandhi (1869-1848) lanza una resistencia pacífica, la *Satyagraha Passive Resistance Campaign*, en Sudáfrica para oponerse a leyes racistas que discriminaban a la población india en Sudáfrica. En Estados Unidos, la Guerra Civil, terminó con varios pacifistas, uno de los pioneros y más importantes, William Llyod Garrison (1805-1879), abandonó el pacifismo durante la Guerra Civil y siguió la causa de la Unión. La idea central de todos los pacifismos, en principio, era la renuncia total al uso de la violencia, incluso en defensa propia, el uso de la resistencia pacífica, la oposición a la pena de muerte, la esclavitud y el uso de las armas.

Para principios del siglo xx, el pacifismo era, pues, un movimiento con muchas corrientes pero decididamente internacional e importante. La asociaciones inglesas o estadounidenses tenían membresías de 20 ó 30 mil miembros. La Liga Internacional por la Paz y la Libertad organiza su primer congreso en Génova en 1867 —con el apoyo de intelectuales con concepciones antagónicas de la Paz; entre John Stuart Mill (el pacifismo liberal del comercio libre) y Elisée Reclus (1830-1905) (el pacifismo sin Estado), o entre el pacifismo patriótico de Victor Hugo y el pacifismo mesiánico y armado de Giuseppe Garibaldi (1807-1882), no había mucho que ver, pero todos apoyaron el congreso de 1867—. El Congreso Internacional de los Amigos de la Paz organizó sesiones anuales por toda Europa entre 1843 y 1853. El de 1849 en París, presidido por Victor Hugo, después de las revoluciones europeas de 1848, tuvo gran respuesta y visibilidad —propuso, una vez más, lanzar un gobierno universal—. Y en 1889 un nuevo *best-seller* sirvió de vocero e imán del creciente pacifismo, a saber, la novela *Die Waffen nieder!* (*¡Abajo las armas!*) de la austriaca Bertha von Suttner (1843-1914). La novela, la historia de una aristócrata austriaca convertida al pacifismo después de innumerables tragedias familiares producidas por varias guerras, fue un ícono del pacifismo mundial y le mereció a von Suttner el premio Nobel de la Paz en 1905 —premio que Alfred Nobel (1833-1896), uno de estos pacifistas de principios de siglos, estableció en 1901 para promover la Paz perpetua, la desmilitarización de Europa—.

La Primera y la Segunda Guerra mundiales cambiaron el rumbo del pacifismo. La Liga de Naciones ideada por el presidente Wilson apersonaba siglos de pensamiento pacifista; proponía tribunales y pactos para la solución pacífica de conflictos y, también, la autodeterminación de los pueblos. Pero Wilson no logró ni que su propio país apoyara la Liga de Naciones, en parte porque mucho del pacifismo estadounidense era profundamente aislacionista, se oponía a cualquier intervención norteamericana en Europa. A partir de 1945, de sus raíces seculares y religiosas, el pacifismo deriva distintas tendencias más o menos institucionalizadas: formas de acción política (Gandhi y la independencia de la India en 1947 o ciertas formas de organización durante la lucha por los derechos civiles en Estados Unidos en la década de 1960); sólidas argumentaciones legales y filosóficas para sustentar organismos internacionales o nuevas entidades más que nacionales (desde la ONU y la Unión Europea hasta el pensamiento de John Rawls o Jürgen Habermas); el renacer de la agenda de derechos humanos y de, en diferentes formas, teorías de la Paz apoyadas por universidades, nuevas instituciones jurídicas u ONGS.

Doscientos años de varias formas de pacifismo han proporcionado nuevas herramientas para pensar Paz y guerra. A coro con más y devastadoras guerras, los pacifismos lograron que la Paz

como ausencia total de violencia sea, para mediados del siglo xx, por primera vez en la historia de la humanidad, un valor social absoluto, una posición moral posible y aceptable, una amplia cultura política —independientemente de que tal Paz exista empíricamente—. Ese valor se encuentra lo mismo en la influencia de Gandhi en el mundo, que en los afanes para alcanzar una Constitución global en la inmediata post-posguerra o en la Paz impuesta en la Constitución japonesa después de la guerra (el artículo 9 establece que Japón es una nación —imperio— que aspira a la paz *basada en la justicia y el orden, el pueblo japonés renuncia para siempre como derecho soberano de la nación a la amenaza del uso de la fuerza como medio de solución disputas internacionales*).

Esta consecuencia de los pacifismos, bien vista, ha representado una verdadera revolución moral equivalente a la revolución moral causada por la lucha por derechos homosexuales en la segunda mitad del siglo xx. La cultura de la guerra como fuente de valor, honor, energía y hombría nacionales parece desaparecida. Pero no quiere decir que el pacifismo sea hoy la única posición frente a la Paz y la guerra. Un importante cuerpo teórico sostiene un abierto desprecio ante la Paz liberal, capitalista, democrática; las considera formas de la violencia y la guerra. *¿No es el poder una suerte de guerra generalizada que asume en determinados momentos las formas de la Paz y el Estado?*, se preguntaba M. Foucault y añadía: *La Paz sería pues una forma de la guerra, y el Estado los medios para pelearla*. Por similares cauces ha ido el pensamiento de afamados filósofos contemporáneos como A. Badiou o S. Žižek. Pero el pacifismo llegó para quedarse como sólida posición moral, política y filosófica.

También, el pacifismo ha sostenido, desde sus orígenes, una importante agenda internacionalista que ha constituido un sano balance ante las ideologías nacionalistas e imperiales. De ahí que las raíces del pacifismo hayan sido rescatadas por organismos internacionales, por la Unión Europea o por asociaciones internacionales que defienden la Paz y los derechos humanos. Pero el pacifismo no ha tenido el monopolio del internacionalismo y, a ratos, ha sido parte de peligrosos nativismos —como el estadounidense ante la Segunda Guerra Mundial o ciertos pacifismos europeos ante masacres en la Bosnia de fines del siglo xx—. Y, además, desde la revolución comunista y el terrorismo anarquista de fines del siglo xix hasta el islamista del siglo xxi, la violencia también ha sido una agenda internacional.

Los pacifismos también han sido sustento de varios movimientos y tendencias globales, como el anti-esclavismo en el siglo xix, o dos importantes desarrollos en el siglo xx: el redescubrimiento y elaboración de varias generaciones de derechos humanos como una agenda filosófica y política global, y el acento en la reconciliación vía la memoria y la discusión del pasado. Los derechos humanos han sido tema filosófico y político, como ha mostrado Samuel Moyn,¹³ desde su expresión pionera en la constitución irlandesa de 1932 y la declaración de derechos de las Naciones Unidas en 1947. Para la década de 1970, ya era imposible discutir Paz o guerra o Estado sin atención global al tema de los derechos humanos. Este desarrollo debe mucho a más de doscientos años de pensamiento pacifista. Y las discusiones sobre la Paz han sustentado teórica y prácticamente varias instituciones encargadas de las discusiones sobre pasados violentos, sobre las memorias del crimen —como en Sudáfrica o en Guatemala y España en el siglo xx. Lo cual no quiere decir que este acento en la memoria a la larga vaya a producir más Paz. Desde los griegos, Paz y guerra incluían estrictas leyes no para la imposición de la memoria sino del olvido. Estamos en veremos.

¹³ Moyn, S. (2012). *The Last Utopia: Human Rights in History*, Cambridge.

Finalmente, los pacifismos, por modernos que sean, han adquirido traducción técnica y sofisticada en las anejas tradiciones de jurisprudencia nacional e internacional. Innumerables constituciones contienen ahora principios filosóficos surgidos de distintas formas de pacifismo, desde reconocimientos de derechos identitarios hasta el establecimiento de tribunales mundiales y de formas de resolución pacíficas de conflictos. Por supuesto, la historia del derecho internacional y de la diplomacia no es la historia del pacifismo, sino la historia de la guerra, pero es indudable que los pacifismos han impactado mucho y definitivamente al derecho internacional y a las estrategias de resolución de conflictos. Esto no quiere decir que los pacifismos hayan logrado la Paz perpetua, pero al menos la han hecho concebible cada que surge un nuevo conflicto.

Sin ser en verdad pacifistas, influyentes teorías de las relaciones internacionales en el siglo xx y xxi discuten la Paz —ora como producto natural de la democracia, ora como resultado eficiente del capitalismo—. Pero el pacifismo ha logrado impactar las teorías de desarrollo (ejemplo, Amartya Sen) y las discusiones sobre el fantasma del siglo xx y xxi: la emigración de la geografía de la pobreza a la de la opulencia. En efecto, lo que el pacifismo del siglo xix fue a la agenda antiesclavista, el pacifismo del siglo xxi es a las ideas de desarrollo pacífico, sustentable y redistributivo, y a la defensa de los millones de inmigrantes en Europa y Estados Unidos.

En suma, la Paz es un ideal humano, no un hecho. El valor práctico y moral de pensar la Paz no debe medirse por el alcance del ideal, sino por el impacto de ese pensar en distintos aquí y ahora. Al final, cualquier teoría de la Paz es nada comparada con una muerte más. La Paz es un concepto que requiere de toda su historia e infraestructura filosófica y práctica para enfrentar cada nueva situación; pensar que la Paz total y perpetua ha de alcanzarse, o que la guerra es siempre inaceptable, es menos importante que el logro específico —aquí y ahora— de reducir, si poco, la violencia y la muerte. Porque a más de doscientos años de la Paz perpetua de Kant aún no hay ni teoría ni historia que nos libre de la conclusión: hay y habrá más guerra y más violencia.



REFERENCIAS

- ARENDRT, H., 2014 *On Violence*, Stellar Classics, Cheshire.
- GALTUNG, J., 1969. "Violence, Peace, and Peace Research", *Journal of Peace Research* (6:3), pp. 167-191.
- HARCOURT, B., 2012. *The Illusion of Free Markets: Punishment and the Myth of Natural Order*, Cambridge.
- KEYNES, J. M., 1920. *The Economic Consequences of the Peace*, Nueva York.
- KOSKENNIEMI, M., 2002. *The Gentle Civilizer of Nations: The Rise and Fall of International Law, 1870-1960*, Cambridge.
- MORRIS, I., 2015. *War! What Is It Good For? Conflict and the Progress of Civilization from Primates to Robots*, Nueva York.
- MOYN, S., 2012. *The Last Utopia: Human Rights in History*, Cambridge.
- NIRENBERG, D., 2014. *Anti-Judaism: The Western Tradition*, Nueva York.
- OFFENSTADT, N., 2007. *Faire la paix au Moyen Age: discours et gestes de paix pendant la guerre de Cent Ans*. París.
- PINKER, S., 2011. *The Better Angels of our Nature. Why Violence has Declined*. Viking.
- SENGHASS, D., 2007. *On Perpetual Peace: A Timely Assessment*, Oxford.
- TAUSSIG, M., 1984. "Culture of Terror-Space of Death: Roger Casement's Putumayo. Report and the Explanation of Torture", *Comparative Studies in Society and History*, (26:3), pp. 467-497. 3, julio.
- WHITMAN, J.Q., 2014. *The Verdict of Battle: The Law of Victory and the Making of Modern War*, Cambridge.



MAURICIO TENORIO.SAMUEL N. Harper Professor of History, Romance Languages and Literatures, and the College en el Departamento de Historia de la Universidad de Chicago. Affiliated Faculty, Center for Latin American Studies Affiliated Faculty, Katz Center for Mexican Studies, Profesor Asociado, Centro de Investigación y Docencia Económicas (CIDE), Mexico City, Senior Fellow, Society of Fellows in the Liberal Arts, the College. Entre sus estudios más recientes cabe mencionar: "De monumentos, conquistas e historia," *Nexos* (March 2021); *A Flor de Pie*. Veracruz: Universidad Veracruzana, 2020; *Clio's Laws: On History and Language*. Austin: University of Texas Press, 2019; *La Paz: 1876*. Mexico City: Fondo de Cultura Económica, 2018; *Mexico at the World's Fairs*. UC Press Voices Revived. Berkeley: University of California Press, 2018.

